

Preámbulo

La destrucción duró exactamente lo mismo que el origen: siete días, seis descontado el que el creador descansó. El primero fue un día radiante, festivo; un tiempo primaveral se apropió del planeta por un día y llenó las calles de gente y de bullicio. No sucedió nada que no hubiera sucedido cualquier otro día hasta el fogonazo, el resplandor amarillo. La Tierra se colmó un momento de luz como si le estuvieran haciendo una fotografía. Un instante después los hombres, las mujeres, los niños y los demás mamíferos ardieron como teas. Quedaron reducidos a montones de ceniza sobre la hierba recién cortada, los sillines de las bicicletas, las terrazas a pie de calle, las azoteas de los rascacielos, las jaulas de los zoos. Sobrevivimos sólo quienes nos encontrábamos bajo techo y, aun así, muchos corrieron hacia los refugios en carne viva, con el cuerpo devorado por las quemaduras. El día siguiente la Tierra amaneció con un hedor y un paisaje de aves muertas. En cualquier dirección que se mirase estaban allí, reventadas sobre los tejados, las lonas de los comercios, las carreteras, como si les hubiera sido hurtada

de manera repentina la facultad de volar. Los peces flotaban panza arriba sobre las aguas. En las playas, el empuje de las corrientes había formado con los cadáveres una empalizada refulgente de ojos y escamas sin límites visibles. El tercer día no salió el Sol ni le sucedió la Luna. El cuarto, los árboles y las plantas se secaron, y con ellos, tras una violencia fratricida, fallecieron por asfixia quienes no tuvieron la fortuna de conseguir un respirador o fueron incapaces de conservarlo. El quinto día el cielo y el mar dejaron de existir. La Tierra quedó convertida en un horizonte desolador: una planicie gris y deshabitada en las ciudades y un universo ocre a campo abierto. El sexto día, en el momento que hubiera correspondido al amanecer, anocheció.

Primera parte:
Diario de la Tierra

I

Permanecimos varios días en el refugio que, a raíz del embarazo de Eve y hasta mucho después de que naciera Benjamin, yo había ido construyendo en ratos muertos en el sótano de nuestra casa. Los fines de semana fui acumulando allí, como una hormiga en su hormiguero, mascarillas, bombonas de oxígeno, víveres, colchones, mantas, un pequeño botiquín, velas, cerillas, pilas, una radio, un rifle y munición de manera que, en caso de alerta, tuviéramos cubiertas nuestras necesidades primarias. Me permití incluso bajar de mi biblioteca algunos libros, aquellos cuya relectura pudiera producirme placer o al menos algún interés. También un calendario, que fui renovando cada nuevo uno de enero, en el que poder tachar los días. Lo había preparado todo para permanecer allí semanas, quizá meses, pero, como he escrito, sólo estuvimos unos pocos días, el tiempo necesario para que los supervivientes del ejército reinstauraran cierto orden en las calles, ocupadas esos días por el fuego y el pillaje.

La primera vez que salí, no sin antes discutir con Eve sobre la conveniencia o no de hacerlo, tuve ganas de regresar al

refugio de inmediato. Nuestro barrio, como toda la ciudad, había sido tomado por las tuneladoras, y en aquella noche perpetua, a la luz de los módulos portátiles de energía, construían la osamenta de una nueva urbe bajo la tierra, una red tupida de pasadizos conectada a las alcantarillas. Un viento helado llevaba y traía, además del olor a putrefacción que atravesó mi mascarilla, el polvo de los trabajos y las cenizas de los muertos. La mezcla, un lodo negruzco, se me pegó a la ropa como alquitrán. El ejército había levantado en Walt Disney World, a no muchos kilómetros de allí, un hospital de campaña para atender a los quemados. Cada hora pasaba un autobús escolar frente a nuestra casa para recoger a los heridos de la zona y otro que los devolvía tras las curas con sus cabezas cruelmente rosadas, sin apenas piel, llenas de pústulas y llagas por encima de las mascarillas. Algunos quemados, los de menor gravedad, portaban unos bastones puntiagudos de acero. Para hacer más entretenida la espera, se dedicaban a empalar a las ratas muertas que, por millones, como un enorme abrigo vivo de piel rala, habían abandonado las cloacas para buscar el oxígeno, inexistente ya, en la superficie.

Reconocí entre aquella gente a Clea y a su hijo Balthasar, nuestros vecinos, y crucé la calle sobre una alfombra de ratas para saludarlos. El chico tenía buen aspecto, pero la frente de Clea estaba en carne viva, y su cabeza cubierta por un pañuelo. De cerca olía como una tira de asado que se ha quedado sola, fría, con su costra de sal sobre la parrilla de una barbacoa. Cruzamos algunas palabras casi silenciadas por las mascarillas. A Elvin le sorprendió el fognazo en el garaje, mientras ponía a punto su viejo Mustang. Había subido por completo la persiana para aprovechar la luz del sol. Cuando Clea reunió valor horas después para ver lo que le había sucedido sólo encontró una mancha oscura, no mucho mayor que otras de gasolina o aceite. Mientras Clea terminaba de

contarme lo que ahora escribo se escuchó el siseo que producen los cohetes en su ascenso vertiginoso, casi invisible para el ojo humano. El cielo se llenó de estallidos de luz azul. Las gentes se olvidaron por un momento de las ratas y se fueron despojando de las mascarillas. Hubo una gran ovación.

2

Esa noche la radio, una presencia muda y espectral hasta entonces, comenzó a funcionar sin previo aviso. Una locutora leyó una lista profusa, estado por estado, ciudad por ciudad, con los puntos de recogida de bombonas de oxígeno y alimentos sintéticos. Algunos granjeros, en un arrebatado de lucidez o quizá de codicia, habían tenido la prevención de colocarle mascarillas a sus sementales y hembras más fértiles, y todos aquellos ejemplares se encontraban ahora bajo la custodia del ejército, en las condiciones idóneas para reproducirse o ser clonados. Si nada se torcía, dentro de algunos meses podríamos empezar, como debió de hacer Noé, a comernos el contenido del arca. La espera, en cambio, se vislumbraba aún más larga para los vegetales.

¿Entonces ya no tendré que comer brécol?, preguntó Benjamin. Por ahora no, contestó Eve dejando entrever una sonrisa.

Creo que ésa fue la primera vez que la vi sonreír tras el fogonazo.

La radio continuó con su retahíla de recomendaciones y mensajes de esperanza. La construcción de hornos crematorios para quemar a las ratas estaba muy avanzada, y pronto, a poco que los supervivientes colaborásemos en su recogida, las calles quedarían limpias. Paseables. Dentro de algunas semanas el lanzamiento intensivo de bombas de oxígeno permitiría una vida normal al menos durante una hora diaria. Como complemento a los hospitales de campaña, se había configurado un servicio de unidades móviles para el trasplante y reconstrucción de la piel. Unos laboratorios itinerantes de recogida de animales y vegetales vivos estarían barriendo cada rincón de la ciudad dentro de apenas unos días.

La locutora siguió lanzando sus mensajes oficiales al mundo o lo que quedaba de él. La rueda de informaciones pregrabadas llegaba al final y comenzaba a rodar de nuevo desde el principio sin paréntesis musicales ni productos que anunciar, con su engranaje de restauración, con su monotonía optimista. Eve recorrió varias veces el dial en busca de otras emisoras, pero no encontró nada que no fueran ruidos o silencios, siquiera la cháchara de los radioaficionados o los mensajes cifrados de los intercomunicadores de los militares. Finalmente, apagó la radio, alzó un momento su mascarilla y la de Benjamin para darle un beso de buenas noches y sopló las velas. Los tres nos tumbamos con lentitud en el suelo, sobre los colchones, cada cual junto a su botella de oxígeno. El sonido atronador de las tuneladoras llegaba al sótano casi susurrado, como una nana. Podíamos sentir la vibración acompasada del subsuelo, la taquicardia de la Tierra.

3

En cuanto desaparecieron de las calles las ratas y con ellas el hedor a corrupción, abandonamos el sótano y nos instalamos de nuevo en nuestra vivienda. Fue el regreso del viaje más extraño que hasta entonces habíamos emprendido, un trayecto de apenas veinte metros. La casa seguía firme, si bien las paredes y el suelo del jardín, donde nada recordaba a la hierba, se habían ido agrietando como consecuencia de las perforaciones. En conjunto la casa y cada uno de los objetos, sin exceptuar los ocultos en armarios y cajones, estaban teñidos del polvo de arcilla levantado por las perforaciones, una hemorragia seca y volátil. Todo estaba intacto por lo demás, incluso la pila de provisiones sobre la alacena y el dinero que guardábamos en el doble fondo del estuche de la cubertería, unos miles de dólares con idéntico valor en ese momento que los billetes del Monopoli de Benjamin. Limpiamos durante horas. Me encontraba en el jardín sacudiendo el polvo de una alfombra cuando me pareció oír un grito de Eve. Corrí al salón. Eve y Benjamin habían arrastrado el sofá para barrer debajo y se encontraron con

una rata muerta enorme, del tamaño de un gato adulto. Tenía la cola seccionada casi desde su nacimiento y un pelaje gris similar al color de la ceniza. Estaba panza arriba. Una colonia de gusanos blancos había excavado agujeros en sus ojos y en su vientre, y se movían por aquellas oquedades sin necesidad de oxígeno, con una vitalidad que estremecía.